

Los vimos mientras caían

Javier González Ramírez

Cavernícola Ediciones

Este libro es una edición del autor, por lo que toda burrada es atribuible únicamente a él. Agradece además a quienes le ayudaron a que no fueran tantas.

Algunos de los personajes de esta novela están basados en personas reales, pero son, sobre todo, seres de ficción.

Para Ana y Emilia

*We watched our friends grow up together
And we saw them as they fell
Some of them fell into Heaven
Some of them fell into Hell.*
SHANE MACGOWAN

*Si ser negro es estar ausente, ennegrecer es borrar
de la existencia aquello que no se quiere volver a ver
Es lógico tener miedo de noche. Los que han desaparecido
(los que son negros) se levantan en la oscuridad.
Negra es la "cólera" por que el otro no esté aquí.
La antigua palabra griega "cólera" significa negrura.*
PASCAL QUIGNARD

Se dio cuenta de que llevaba algo así como diez horas trabajando sin parar cuando despegó los ojos del lienzo y vio el cielo oscuro a través de la ventana de su estudio. No había parado ni para comer ni para ir al baño y solo un agudo dolor en el bajo vientre lo hizo regresar a la realidad. Tenía una necesidad cabrona de orinar. Fue hacia la puerta y apagó la luz sin echar el último vistazo hacia su obra. No eran raras para él estas larguísimas jornadas de creación, aunque sí cada vez menos frecuentes. En realidad, hacía años que no le pasaba. Estaba envejeciendo, tal vez. Siempre tuvo épocas de creación intensa — dos o tres días sin parar ni siquiera para dormir— y épocas en las que una desgana le hacía incluso creer que el arte era inútil, que este jodido país necesita muchas cosas antes que más artistas.

Entró en el baño.

—¡A ver, hijo de tu putísima madre! —escuchó mientras se lavaba las manos. Vivía en la casa en la que habían habitado sus padres antes de dejar el DF para irse a Guadalajara. Era una especie de herencia en vida que les habían dejado a él y a Juan Francisco, su hermano menor. Pero vivía solo en ella porque Paco, como todo mundo le decía, vivía desde hacía tres años en España. La casa estaba en la esquina de Presidente Carranza y la privada Mondragón, una zona por lo general tranquila. El grito parecía venir del callejón. Pensó que se trataba de una pelea de borrachos o de un conductor recriminándole a otro, aunque no había escuchado ningún coche. Luego, escuchó un estruendo, ¿un disparo? Mucho más

fuerte que un cohete, casi como un transformador de luz explotando. Después, un oasis de silencio, como el ojo de un huracán, que duró hasta que otra voz, mucho más grave, ronca, rompió:

—¡Abre, pinche Negro! —al tiempo que alguien tocaba a la puerta de su casa bruscamente.

¿Negro? Hacía años que nadie lo llamaba así. Hizo un rápido recuento de sus deudas, de sus cuentas pendientes. Intentó estar calmado. Ya antes habían tratado de intimidarlo y había sabido negociar, tranquilizar las cosas. Además, era difícil que se metieran realmente con él, que el asunto fuera un poco más allá de amenazas, incluso de muerte. Sabía que ellos lo sabían.

Abrió la puerta. No reconoció a ninguna de las personas que esperaban afuera. Supuso que solo eran dos. Uno, el que estaba más adelante, muy corpulento y con una cicatriz grotesca abajo del ojo derecho, que casi le atravesaba toda la horrenda nariz chata y ancha, lo tomó de la camiseta, lo inmovilizó torciendo su brazo izquierdo por detrás de su espalda y lo aventó al asiento trasero del Jetta en el que esperaba el otro. A este ya no lo pudo ver bien porque apenas cerraron la puerta le cubrieron la cabeza con una manta y empezaron a golpearlo. En poco tiempo estaba inconsciente, ni siquiera alcanzó a sentir miedo.

Uno de los primeros recuerdos que tengo de él es regañándome, o quizá no regañándome, pero sí recriminando mi soberbia. Yo tenía diez u once años. Estábamos en la sala de la casa de mis padres, cerca del ex Convento de Churubusco. Había tíos, primos, mis papás seguramente. Él, mi tío José Eduardo —aunque todos le decíamos el Negro—, estaba junto a mí, siguiendo con poco interés la plática entre sus hermanos. ¿Qué decían? Algo sobre el precio de las colegiaturas o la secundaria a la que entraría o no alguno de mis primos. A mí me faltarían unos dos o tres años para acabar la primaria, así que no sentía ningún interés. O algo sobre en casa de quién sería la cena de navidad ese año. Algo sobre un tema intrascendente, es probable, porque si hubiera sido una plática sobre política, el Negro, hombre de opiniones fuertes y sólido compromiso ético, estaría inmiscuido y, lo más seguro, discutiendo e intentando imponer su voz.

No era así. Por eso parecía estar más interesado en la interacción que yo tenía con mis dos perros, el Risas y el Diputado. En algún momento, no sé por qué, tal vez porque los dos animales se la habían tomado contra mí, mordiéndome los dedos y jaloneando mis pantalones fingiendo enojo, se me ocurrió repetir una línea de uno de los capítulos más recientes de *Los Simpson*:

—¡No me juzguen, ámenme!

Pensando que mi frase, en realidad un parlamento, había sido humorística, busqué la risa en la cara del Negro. Me encontré, sin embargo, con una mueca de repulsión, como la que solía dirigirles a sus hermanos (mis otros tíos) cuando decían algo del tipo “es morenita pero

está bonita” o “se ve naquito pero es educado”, cosa no poco frecuente en mi familia. Me hizo sentir mal. Recuerdo incluso que dijo algo como qué insufrible o qué insoportable. Nunca, por supuesto, utilizaría palabras como *payaso* o *farol*, mucho menos *mamón*. “Qué insufrible”, dijo, se levantó y fue a buscar algo, a servirse refresco a la cocina o a ver la televisión al cuarto de mi mamá. Entraba así como así al cuarto de mi mamá sin importarle que también fuera el cuarto de mi papá.

Ese era él. Levantándose intempestivamente de las conversaciones que le disgustaban o le aburrían; diciendo frases que suponíamos despectivas mientras se alejaba (frases que, con el paso de los años, acabaron convertidas en meros gruñidos), y regresando al cabo de un tiempo — media hora, dos horas, cinco meses, tres años— como si nada hubiera pasado, como si las personas despreciables de las que había huido se hubieran reconvertido de repente en sus prójimos, en sus seres queridos. Así me dejó a mí aquella vez, dolido por su reprensión; sintiéndome un ser indigno.

La plática de adultos continuó. Nadie, quise creer, se había dado cuenta de mi crimen y castigo. Me levanté fingiendo naturalidad, incluso algo de dignidad. Esquivé las piernas de algún otro pariente, me pegué tal vez con la esquina de la mesa en la espinilla al doblar a la izquierda buscando el pasillo que llevaba a mi cuarto. El dolor, es de suponer, me enojó aún más.

El Risas y el Diputado —Rafael, mi hermano, les había puesto otros nombres, pero mi tío Alfonso los había apodado así— me siguieron, creyendo que el juego todavía no debía terminar. El Diputado, más perceptivo — tenía inteligencia casi humana—, se detuvo y se alejó

cuando, de mal modo, les advertí que me dejaran en paz. Pero el Risas, tonto, pobrecito, canalla, siguió en lo suyo, mordiéndome los tobillos, interponiéndose en mis pasos, entorpecidos, casi haciéndome caer. Tal vez sugiriéndome que no hiciera caso a un energúmeno, que había que aligerar la vida, que el sentido del humor era necesario, casi imperativo, y que había que ignorar a quienes carecían de él. Pensémoslo así: Lalito —con sus ocho o nueve años escasos—, adolorido de una pierna, con el día echado a perder, no pudo entenderlo de ese modo, y lanzó una patada —arrepentida casi desde el inicio— hacia la cabeza del perro que, al ver el zapato acercarse, dio un giro brusco, felino, ofreciendo mejor el costado. El pobre Risas chilló quedito, como queriendo no acusar a nadie y, en sus ojos, Lalito no vio rencor sino incredulidad, incluso ruego, antes de cerrar la puerta de su cuarto y sumergirse en la oscuridad de esa tarde de finales de otoño sin ganas de nada ni de prender la luz.

Eugenia golpeó tres veces la puerta de mi cuarto. Seguro se había dado cuenta de lo que había pasado. Sentía vergüenza. No contesté. Segundos después, otras dos. Tocó otra vez, cinco, seis, siete veces, cada vez más insistente, con más peso, pero sin llegar a hacer un escándalo. Cansada de no recibir ninguna respuesta gritó “¡Lalo!”, mientras abría. A la mitad del resquicio, entre el marco y la hoja, asomó primero la sombra de una cabeza, luego la de un hombro y luego la del costado de un cuerpo bajo y ligeramente rechoncho.

—¿Estás dormido?

—No

—¿Entonces qué haces con la luz apagada?

—¿Qué te importa?

Se quedó callada. Nunca, que yo recuerde, le había hablado de esa forma. En silencio, abrió más la puerta y buscó el interruptor.

—¡No la prendas! —le grité.

No hizo caso.

—¿Estabas llorando? —preguntó, escrutando mi cara sin delicadeza.

—¡Claro que no!

—¿Entonces por qué tienes los ojos rojos?

Luego de unos segundos en los que busqué el control de la televisión y la encendí fingiendo ignorar su presencia, volvió a preguntar. Una, dos, tres veces. Así era ella. Con su voz insistente y chillona hacía ineludibles sus preguntas:

—Me estaba quedando dormido —le dije finalmente.

—No que no estabas dormido.

—Estarse durmiendo no es lo mismo que estar dormido. ¿O sí?

—O sea, cálmate. ¿Comiste payaso o qué?

No pude evitar reírme. Siempre confundía ese tipo de expresiones; la mayor parte de las veces que decía frases hechas las usaba mal.

—Se dice “comiste gallo”. Qué mena eres.

—Pos como sea —dijo cortante—. Tu mamá te está llame y llame. Ya vamos a cenar.

—No tengo hambre.

No contestó nada. Se fue, cerrando con un portazo y diciendo algo que no alcancé a oír pero que parecía insultante. Eugenia era hija de María Eugenia, una prima de mi mamá. Era, entonces, mi prima segunda, pero durante

buena parte de la infancia fue como mi hermana. Vivía a unas cuadas de mi casa y nuestras madres convivían más entre ellas que con sus propios hermanos, los cuales, en el caso de mi mamá, vivían casi todos en provincia o en el extranjero. Eugenia y yo crecimos juntos.

Como quiera que fuera, era difícil imaginar a dos mujeres —nuestras madres— más distintas. Para empezar, los papás de Eugenia iban a todos lados juntos. Seguro van hasta el baño juntos, solía decir mi madre cada vez que invitaba a su prima a cualquier lugar y ella le contestaba que sí, que deja le pregunto a Alfonso a ver cuándo puede él. Parece que trae chambelán. Mi madre, por el contrario, pasaba buena parte del tiempo sola. Mi papá trabajaba toda la semana y, los sábados y domingos en la mañana, cuando mi mamá le proponía salir de día de campo o al cine o a donde fuera, él se negaba diciendo que quería disfrutar su casa. Luego, los sábados en la tarde empezaban los partidos de futbol y entonces ya era imposible moverlo de su sillón. Lo mismo los domingos en la mañana, y después, por la tarde, le entraba una catatonia melancólica y entonces ahí sí ya era inhumano intentar sacarlo a algún lado.

Por eso mi mamá tenía que recurrir constantemente a la pareja de mis tíos, y por eso Eugenia y yo compartimos o nos acostumbramos a compartir *picnics*, visitas a muesos o parques de diversiones, y demás. No sé qué tan exagerado sea decir que mi mamá ansiaba todo el tiempo que llegara el sábado. Durante la semana veía poco a mis tíos, porque trabajaban. Mi madre, por el contrario, en aquella época, a principios de los noventa, cuando Rafa y yo estábamos en la primaria, pasaba buena parte de su tiempo en la casa. Salía para ir por nosotros a la escuela, para

ir al súper o a la tintorería a recoger los trajes de mi papá, y párenle de contar.

Me he preguntado muchas veces si tuvo amantes. No recuerdo a mi mamá como una mujer amargada o insatisfecha. Eso sí, sentía algo de envidia por su prima, que trabajaba y que, durante algunas temporadas, ganaba más que mi tío. A lo mejor hubiera sido bueno para ella seguir con su carrera y dar clases o algo. En cualquier caso, nunca se dejó dominar por la ambición. Creo que puedo decir que si no era feliz, y creo que no lo era, de todos modos nadie lo era en esos años.

También es cierto que, más allá de lo económico, mi madre era una mujer más libre en otros aspectos. En el plano íntimo, por ejemplo. Para mí su cuerpo nunca fue un secreto. Ni el de mi papá. Desde que tengo memoria recuerdo verlos desnudos después del baño o antes de ponerse la pijama. Eugenia, por el contrario, nunca había visto a sus padres sin ropa y, desde muy chica, su madre dejó que se bañara sola. De hecho, decía, ni siquiera supo bien qué era exactamente eso que tenía “allá abajo” hasta por ahí de segundo de secundaria.

Yo sí que lo sabía, pero, como quiera que sea, la primera vez que la vi desnuda, me sorprendió su pequeña hendidura. Hasta ese momento no sabía bien a bien lo que las mujeres tenían ahí y es que tampoco sabía bien a bien qué era lo que se ocultaba tras la oscura maraña que mi madre tenía entre los muslos. Fue durante una Semana de Pascua, en Acapulco. Íbamos esa temporada porque ya los vacacionistas de la Semana Santa habían regresado al trabajo dejando desocupados —aunque sucios— los puertos, los hoteles y las playas, y era más cómodo. Luego de un rato chapoteando a la orilla del mar, jugando con la

arena y tomando el sol, mi madre, mi tía, Eugenia y yo regresamos al cuarto en el que nos quedábamos todos. Nos metieron a bañar. Mi tía desvistió a su hija y mi madre, a mí, esquivándose, estorbándose inevitablemente en ese baño del hotel que, a pesar de su pequeñez, tenía una tina. Mi mamá le preguntó:

—¿Los bañas tú o yo?

—Tú —contestó mi tía.

Así que, muy quitada de la pena, mi mamá se quitó el traje de baño y se metió. Mi tía se quedó de a seis. Con el rostro enrojecido en parte por el sol tropical del mediodía, y sin saber a dónde mirar. Prefirió salirse luego de exclamar un “Cecilia, por favor”, que mi madre no entendió mientras intentaba mezclar el agua caliente y la fría calando, con la palma de su mano, las gotas que empezaban a caer.

Ese día el cuerpo de Eugenia fue algo inesperado. Sin pelos, sin protuberancias y con algo que parecía una herida a la altura de la ingle que, yo creía, tenía que dolerle; que parecía tener que ser curada y cicatrizar. Es una imagen que nunca se me borrará. Sin embargo, siempre que, después, ya siendo mayores, la vi desnuda —ya con un cuerpo de mujer, más abundante y generoso que el de casi todas las mujeres en mi vida—, hice todo lo que pude por apartar de mi mente la imagen de su cuerpo infantil en el que conocí, abajo del ombligo y entre las piernas, lampiño, tal cual era, el pozo en que acabé ahogándome.

—Sí, ya lo leí. Está bueno —dijo Eugenia. Puso las hojas en la mesa, al lado un vaso en el que ya solo quedaban restos sólidos del vino que nos habíamos acabado hace algunas horas, y tomó la cajetilla de cigarros—. Prendió uno como si ya no tuviera nada más que decir. Volteó a verme exhalando el humo y siguió sin hablar. Movi6 la cabeza hacia arriba, como diciendo ¿qué te traes?

—Está bien... obviamente no está bien —le dije, intentando no sonar ofendido—. Está bien... ¿peeeero?

—Sí, está bien, peeeero —me imitó riéndose mientras, sentada con las piernas cruzadas, se inclinaba hacia el escritorio para sacudir el cigarro sobre el cenicero en el que cayó apenas media brizna.

Hacía frío. Era uno de esos primeros días de otoño cuya temperatura parece más bien de invierno. Se levantó, fue hacia la ventana y la abrió para dejar salir un poco el humo. Agradecí en silencio porque sentía algo de asfixia. Notaba, además, el anuncio de dolor arriba del ojo izquierdo. Como sea, apuré lo que quedaba en mi copa. La dejé sobre la mesa y volteé a verla justo cuando estaba a punto de hablar:

—Para empezar, está en Arial—. Me reí por toda respuesta—. Es en serio. Esa letra es horrible. Es como de ministerio público.

El aire en el cuarto se sentía más limpio. Me levanté y tomé una chamarra del cl6set. Una de imitación piel que seguro hacía verme ridículo con los pants y los Crocks. Prendí otro cigarro y me acosté en la cama.

—Dispara, pues —le dije. ¿*Dispara*? Bueno, de alguna forma tenía que hacerle sentir que estaba listo. Que entendía que no venía nada bueno, pero que eso no afectaría nuestra relación.

—Le sobran adjetivos. No sé qué fascinación tienen por los adjetivos.

¿Tienen? ¿Quiénes? ¿Se refería a todos los escritores, a los poetas? ¿A los contemporáneos, a los clásicos? ¿A los novelistas mexicanos? ¿A los escritores jóvenes e inexpertos como yo? Tomé las hojas de la mesa e hice un escaneo rápido. Encerré en un círculo algunas frases... “agudo dolor”, “jodido país”... ¿Algo más?, pregunté.

—Además, a ver, ¿quién está contando la historia?

—¿Cómo que quién? Pues nadie, un narrador omnisciente.

—Pues parece que sí es alguien, porque está muy enojado

—¿De dónde sacas que está enojado?

—Pues es que tres de cada cinco palabras tuyas son una grosería. No tengo nada contra las groserías; yo misma tengo boca de... ya tú sabes. Pero no tiene sentido que él las use. Tampoco los del Jetta. Claro, son delincuentes. Deben ser feos y groseros. En fin... no sé... Tal vez no tengo razón. Es un secuestro y se supone que debe ser algo así. Solo que tal vez hay otras formas de representar la violencia... no sé... Igual y es difícil resistirse al encanto de lo sórdido, lo duro, lo “real” —dijo esto último con tono francamente dramático— Si quieres mañana lo revisamos con calma —acabó.

Sabiendo que tenía razón, se acercó a mí y me arrebató las hojas en donde yo había estado buscando mis torpezas, sin realmente entender nada, sin concentrarme,

buscando algo más allá de las palabras, o más acá. La razón del enojo del narrador. Me di cuenta del error, creo. La historia no la estaba contando un ente abstracto. Entonces ¿quién era y de dónde nacía su rencor? Era yo, supongo. ¿Pero de dónde saca tanto coraje un pequeño-burgués como yo? Tal vez el Negro era el narrador. Tal vez quería contar su historia a través de mí. Como si yo fuera su médium. Si no cómo explicar mi repentina pasión por la escritura. ¿Qué estaba haciendo yo a estas alturas de mi vida escribiendo un libro? Una novela policiaca, además. Si había leído *El complot mongol* y dos o tres novelas de Taibo II era mucho. Ni siquiera sabía qué era un narrador omnisciente. No creo haberme ni acercado al ideal que Eugenia tenía en mente. Perdí mucho tiempo mental intentando dilucidar qué *estes* y qué *solos* debían llevar tilde.

A él sí le sobrarían motivos de enojo. Lo imagino como uno de esos fantasmas vengativos. Debe de estar todavía en la casa de Coyoacán. ¿O qué no, alguna vez, años después de su desaparición, alguno de sus hermanos creyó escuchar brochazos en un cuarto vacío? Justo en el que tenía su estudio. ¿Qué estaría pintando? ¿El momento de su muerte? ¿La cara de su asesino? O, acaso, ¿el paisaje europeo en donde se escondía después de huir?

Mi prima puso las hojas sobre la mesa. Lo hizo con cuidado, como si su contenido fuera extremadamente frágil. Me besó, se quitó la ropa y se metió bajo las cobijas. Mientras la veía intentando o fingiendo dormir, caí en cuenta de algo. Tantas preguntas sin respuesta y solo una cosa era segura: en esa noche, en ese otoño, en ese cuarto que ya nos quedaba chico, en esa cama junto a

Eugenia, no tenía ni idea de qué estaba haciendo. Eso era, por lo menos, una certeza.

Se dio cuenta de que llevaba cerca de diez horas trabajando sin parar cuando despegó los ojos del lienzo y vio la noche a través de la ventana de su estudio. No había parado ni para comer ni para ir al baño y solo una punzada en el bajo vientre lo hizo regresar a la realidad. Tenía que orinar. Apagó la luz sin echar el último vistazo hacia su obra y salió de su estudio. No eran raras para él estas larguísimas jornadas de creación, aunque sí cada vez menos frecuentes. En realidad, hacía años que no le pasaba. Estaba envejeciendo, tal vez. Siempre tuvo épocas de producción intensa —dos o tres días sin parar ni siquiera para dormir— y épocas en las que una desgana le hacía incluso creer que el arte era inútil, que México necesita muchas cosas antes que más artistas.

Entró al baño.

Mientras se lavaba las manos, escuchó un grito en la calle. Creyó oír su nombre. O, más bien, su apodo. Hizo caso omiso porque hacía años que nadie le decía así, excepto sus hermanos. Si era para él, seguramente volverían a llamar o tocarían el timbre. Vivía en la casa en la que habían habitado sus padres antes de dejar el D. F. para irse a San Luis. Era una especie de herencia en vida que les habían dejado a él y a Juan Francisco, su hermano menor. Sin embargo, hacía tres años que la habitaba solo ahí, porque Paco, como todo mundo le decía, radicaba en España. El inmueble estaba en la esquina de Presidente Carranza y la privada Mondragón, una zona por lo general tranquila. El grito parecía venir del callejón. Pensó luego que se trataba de una pelea de borrachos o de un conductor recriminándole a otro, aunque no había escu-

chado ningún coche. Luego todo permaneció en silencio, hasta que alguien tocó a la puerta que daba a la calle, de forma brusca, cinco, seis, veinte veces seguidas. Tan fuerte que las paredes retumbaron.

Hizo un rápido recuento de sus deudas, de sus cuentas pendientes. Intentó estar calmado. Ya antes habían tratado de intimidarlo y había sabido negociar, tranquilizar las cosas. Además, era difícil que se metieran realmente con él, que el asunto fuera más allá de amenazas, incluso de muerte. Sabía que ellos lo sabían.

Abrió la puerta. No reconoció a ninguna de las personas que esperaban afuera. Supuso que solo eran dos. Uno, el que estaba frente a la puerta, muy corpulento, con el pelo bien peinado hacia la izquierda y lentes de carey, lo tomó de la camiseta, lo inmovilizó torciendo su brazo izquierdo por detrás de su espalda y lo aventó al asiento trasero del Jetta. Sin dificultad. Como si fuera un maniquí. En el coche, que olía a hospital, esperaba el otro. A este ya no lo pudo ver bien porque, apenas cerraron la puerta, le cubrieron la cabeza con una manta y empezaron a golpearlo. En poco tiempo estaba inconsciente, ni siquiera alcanzó a sentir miedo.

—No entiendo la queja, francamente —dijo mi mamá mientras le ponía azúcar a su té y hojeaba el periódico sobre la mesa.

Mi papá casi escupe el café. Como si estuviera recalentado o como si tuviera azúcar.

—¿No lo entiendes? —Movía la cabeza de un lado al otro, resoplando— ¿Cómo puedes no entenderlo? No, más bien, yo no entiendo. ¿Y lo que menos entiendo es que tú no lo entiendas? Aunque, pensándolo bien, hay tantas cosas que no entiendes que no me debería de sorprender.

Vi la cara de mi madre. Apenas una sonrisa sutil. Yo sabía que estaba intentando contenerse. Fingía leer el periódico. Hacía años no se ofendía por ese tipo de comentarios de mi padre. Hasta parecía que le gustaba ya hacerlo repelar. Y como siguió sumergida en la lectura, mi papá me volteó a ver y, en un tono mucho más conciliador, explicó lo que evidentemente no necesitaba explicación para un adulto pero sí para un niño:

—Yo le conseguí el puesto. Los antiguos administradores por ningún motivo lo hubieran contratado —se golpeó un par de veces en la frente con dos dedos y vio hacia el techo, suspirando. Luego volvió a verme y, sin esperar respuesta, me preguntó— ¿Cómo puede ser más importante un redactor que un director? Eso sí no me entra en la cabeza, la verdad.

Y siguió con una serie de palabras y frases como “papá gobierno”, “dispendio”, “patrimonialismo”, que me sonaban a ruso o a chino. O incluso a inglés, idioma del que

tenía examen ese día, por cierto, y que seguramente reprobaría.

Mi mamá por fin terminó el artículo. Cerró el periódico, lo puso sobre el asiento de la silla que Rafa había acabado de desocupar para irse a lavar los dientes, se levantó y recogió los platos para llevarlos al fregadero. Yo tenía que irme a alistar también. El camión estaba por pasar. Pero como era el único interlocutor de mi papá, me pareció grosero levantarme.

—Pues Alfonso está muy, pero muy agradecido contigo. No sabes. También María Eugenia que está ilusionada porque va a poder dejar de trabajar tanto y dedicarle más tiempo a la niña. Pobrecita. No está dando una en la escuela —dijo al fin mi madre, dándonos la espalda mientras lavaba su plato. Luego, dirigiéndose a mí, ordenó—: Tú ya vete a arreglar.

Volteé a ver a mi papá. Me miró un segundo, tal vez menos. Luego bajó la mirada y movió la cabeza, despachándose. Pocas veces lo vi así. Días antes, sin embargo, era otra persona. Más enhiesto que de costumbre. Sonriente. Un hombre capaz no solo de proveer para su esposa y sus dos hijos, sino también para la familia de la prima de su mujer, consiguiéndole un buen trabajo al esposo. Capaz de levantar a un caído en desgracia. No era poca cosa. Tener el oído del doctor De Olloqui. Por supuesto, no sería fácil, había advertido a mi mamá, no es fácil encontrarle lugar en un banco. No sé si necesitan a un periodista. Resultó que sí. No exactamente a un periodista. En realidad, a alguien que al menos supiera redactar, que supiera en dónde van los acentos, dónde va una ese y no una zeta o una ce, o viceversa. En un banco eso no abunda.